



MINA, Javier

El Ateneo Guipuzcoano. Una historia cultural de San Sebastián

Donostia – San Sebastián: Txertoa, 2008. – 310 p. : il. ; 24 cm. – ISBN: 978-84-7148-410-9.

Nuevo libro sobre historia de San Sebastián, esta vez recuperando una institución que, aunque hoy en día no parece atravesar por sus mejores momentos, sin duda ha desempeñado un papel imprescindible para entender la vida cultural de la capital guipuzcoana desde el último tercio del siglo XIX. En este sentido, cabe insertar el Ateneo Guipuzcoano entre los diferentes ateneos que surgieron por toda España a lo largo de esa centuria. No es extraño, por lo tanto, que San Sebastián, una ciudad liberal y abierta a cuantas influencias provenían del exterior, creara así mismo su ateneo. En un momento en que la ciudad carecía de universidad o de grandes centros culturales, resulta bastante lógico que las inquietudes intelectuales de muchos de sus moradores se canalizaran hacia una institución de estas características. De ahí el elenco de donostiarres que participaron en su fundación, desarrollo y actividades. Donostiarres provenientes fundamentalmente de esa burguesía ilustrada y culta cuyos orígenes se podrían remontar, cuando menos, a mediados del siglo XVIII. Una burguesía que supo combinar negocios (mercantiles e industriales) con curiosidad cultural y que dio como resultado la creación en 1870 del primer Ateneo.

Sin embargo, y tal como se deriva de la obra de Javier Mina, la historia del Ateneo no fue fácil. Más bien todo lo contrario, pese a estar cuajada de éxitos. De hecho, a pesar de que el actual Ateneo tiene sus orígenes en aquel primero de 1870, la verdad es que su historia es como el curso del río Guadiana, dadas sus constantes apariciones y desapariciones. No en vano ese primer ateneo desapareció en el contexto de la Segunda Guerra Carlista, para resurgir nuevamente en 1879. Resurgimiento breve, ya que en 1882 volvió a extinguirse por las fuertes disputas internas suscitadas entre sus socios. Tras posteriores intentos, el verdadero renacimiento del Ateneo no se dio hasta 1916. Fue entonces realmente cuando se produjo lo que podríamos denominar una auténtica edad de oro de la institución, por la cual pasaron personajes tan egregios, entre otros muchos, como los escritores Unamuno, Valle-Inclán, Salaverría, Baroja, García Lorca, Sánchez Mazas, Gómez de la Serna o Jacinto Benavente; los políticos Víctor Pradera, Rafael Picabea, Marcelino Domingo, Clara Campoamor, Miguel Maura o Niceto Alcalá-Zamora o el arqueólogo Adolf Schulten, el médico Gregorio Marañón o el arquitecto Walter Gropius.

Edad de oro que se prolongaría hasta la Guerra Civil, que, como en tantos otros terrenos, también en éste fue nefasto, ya que truncó las realizaciones culturales de una institución cada vez más prestigiosa. A este respecto, destaca el importante número de socios que en estos años llegó a tener el Ateneo, así como la sobresaliente

impronta cultural que tuvo en la sociedad donostiarra de esos años, organizando numerosas conferencias, sesiones de poesía y de teatro o inolvidables conciertos. Sólo tras el duro y trágico paréntesis de la Guerra el Ateneo volvería a renacer en 1944, esta vez de la mano de Leandro Martín-Santos, personaje clave en su resurgimiento en estos oscuros años de la posguerra. De hecho, pese a la censura, las limitaciones y la casposa vida cultural de esos años, el Ateneo volvió a canalizar las pulsaciones culturales e intelectuales de numerosos donostiarras. San Sebastián seguía sin tener universidad y, pese a la existencia de otras entidades culturales de prestigio como la Bascongada, la Sociedad de Estudios Vascos o la Sociedad de Ciencias Aranzadi, el Ateneo fue capaz de brillar con luz propia invitando a sus salones a los escritores más afamados de su tiempo. En efecto, por ellos desfilaron Cela, Julián Marías, Gerardo Diego o Miguel Delibes, entre otros.

Ahora bien, curiosamente las cosas cambiarían sensiblemente en la etapa democrática. Precisamente, cuando el Ateneo parecía haberse consolidado como institución y habiendo obtenido una sede fija desde 1945, ya que su ubicación también había sido itinerante, el traspaso de competencias al Gobierno Vasco en el marco del cumplimiento del Estatuto de Guernica supuso el desalojo de su sede y una crisis económica e institucional de graves consecuencias. Todo ello en un contexto muy distinto al anterior. San Sebastián contaba ya con varias facultades universitarias, además de una cada vez mayor implicación de los distintos organismos en la programación de actividades culturales, de manera que el encaje de una institución propia del siglo XIX se encontraba ante un futuro incierto. Sólo el tesón de socios tan activos como Felipe Maya, Ángel García Ronda, Montserrat Fornells o el propio autor parece haber salvado de la ruina a una institución que aún hoy en día sigue contando con una importante agenda cultural para la ciudad. Más modesta que otrora, pero que, en modo alguna, pasa desapercibida.

Por consiguiente, dicho esto, cabe decir que estamos ante un libro de especial interés para la historia de San Sebastián y que en modo alguno debe pasar desapercibido para cuantos se interesan en el devenir histórico de esta ciudad. Sin duda, la aportación de datos sobre la institución que nos ocupa es francamente relevante, rallando en muchas veces lo descriptivo, puesto que en todo el texto se echa de menos una comparativa con otras instituciones semejantes. Es verdad que en algunos momentos son mencionados el Ateneo de Madrid o el Ateneo Riojano, pero tal vez hubiera que haber insistido un poco más en la actuación de estos otros ateneos españoles para así calibrar mejor la obra realizada por el Guipuzcoano. Pese a ello, de la mera lectura es fácil adivinar que lo que se hizo fue mucho, habida cuenta de las interrupciones mencionadas y de la falta de una sede fija. En este sentido, el autor, al detenerse en el desalojo de su ubicación en la calle Andía el 15 de julio de 1992, insiste en la falta de previsión de la propia institución por no haberse preocupado por asegurar la fijación de su sede en dicho edificio, teniendo en cuenta los antecedentes anteriores, al tiempo que pone de manifiesto la nula sensibilidad hacia el Ateneo Guipuzcoano por parte de un Gobierno Vasco, en especial de su delegado territorial en materia de cultura y turismo, Joseba Egibar, especialmente interesado en controlar todos los ámbitos culturales vascos. Bajo este punto de vista, el texto de Javier Mina es valiente y sumamente esclarecedor, ya que, a pesar de semejantes impedimentos, el Ateneo supo seguir con su actividad cultural, mermada sí, pero manteniendo la calidad que le venía caracterizando desde el último tercio del siglo XIX. De ahí que, en conclusión, estemos ante un trabajo que, recogiendo fuentes primarias y periodísticas, y sorteando las lagunas documentales existentes, nos presenta una de las páginas más sobresalientes de las instituciones culturales de San Sebastián. Una página cuajada de historia donostiarra abierta a la intelectualidad más granada no sólo de la provincia, sino del conjunto de España.

Carlos Larrinaga Rodríguez